



ALONSO QUESADA Y LOS INGLESES

El pensamiento de Quesada acerca de los ingleses se formuló siempre sujeto a dos condicionantes extremos y simultáneos: la admiración soterrada y el desprecio apenas disimulado. Ambos sentimientos componen una extraña -aunque no insólita- simbiosis. Su resultado evidente en la literatura de Quesada (poesía y prosa de ficción) conforman una de sus singularidades más atractivas. Lo inglés (individuos, instituciones, costumbres) ocupa allí un lugar relevante; tanto, que sin ello la imagen de Quesada cambiaría sustancialmente de significación: se confundiría con la que tenemos hoy de numerosos escritores de su tiempo.

Quesada trató durante más de diez años a los miembros de la colonia inglesa en Las Palmas -colonia bastante numerosa entonces. Empleado primero (1910) en la Elder Dempster Canary Islands (firma consignataria de buques) y más tarde en el Bank of British West Africa Limited (en el que ocuparía a partir de 1920 un cargo de cierta importancia: -Jefe de Cartera) tuvo acceso al círculo exigente y restringido de la sociedad británica: Pudo intimar -hasta donde era posible- con muchos de sus componentes; sus propios compañeros de oficina -ingleses en buena parte- constituyeron un campo de observación excelente, dándole ocasión y pretexto para el desarrollo de su anglofobia burocrática. Finalmente, la ciudad misma ofrecía al frente de bastantes establecimientos mercantiles (consignatarias, bancos, comercios, etc.) una muestra variada de la exhaustiva presencia inglesa en la isla: había facilidad, pues, para el estudio sociológico, bien que poetizado o novelado.

Quesada se empapó de la idiosincrasia inglesa: hablaba el idioma y admiraba la literatura de Inglaterra (de Dickens para atrás); dos buenos

camino para acceder al conocimiento del carácter nacional. De este carácter admitía algunas de sus peculiaridades (elegancia, humor, reticencia) y repudiaba otras (pragmatismo, frialdad, dureza). En su criterio influían razones objetivas y razones subjetivas -éstas posiblemente más profundas de lo que él hubiera querido. Repasemos unas y otras:

Alonso Quesada se tuvo siempre por un ser frustrado: no sólo como persona, sino también como escritor. No dio de sí -era su opinión- cuanto él creía que podía dar. Las circunstancias de su vida (precaria economía, responsabilidad familiar) incidían negativamente sobre el óptimo desarrollo de su personalidad literaria; le crearon un peso de angustia e impotencia: su crónica infelicidad personal. Así se manifiesta constantemente en sus escritos. La muerte de su padre (1907) le impidió hacerse una posición independiente; cuando iba a iniciar estudios superiores -náutica- se vió en la obligación de atender al sostenimiento de su familia (compuesta por seis mujeres). Se desempeñó o se empeñó entonces en un rutinario trabajo de oficina, del que ya no se liberaría. Tal oficio se le antojó desde el primer momento estéril y totalmente ajeno a sus inquietudes, produciéndole un conflicto psicológico: bajo ningún pretexto podría conciliar nunca el deseo con la realidad. Por extensión, la ciudad y la isla llegaron a asumir la imagen repulsiva de la oficina; aquello fue, realmente, un "infierno atlántico", del que la evasión era impracticable. Quesada, desde luego, no se resignó pasivamente a aceptar su condición de oficinista; pero también es cierto que cuantos intentos hizo por despegarse de ella resultaron fallidos.

De forma quizás automática, como reflejo que regula la salud de la mente, Quesada eligió un objeto en el que descargar la irritación que le

ALONSO QUESADA Y LOS INGLESES

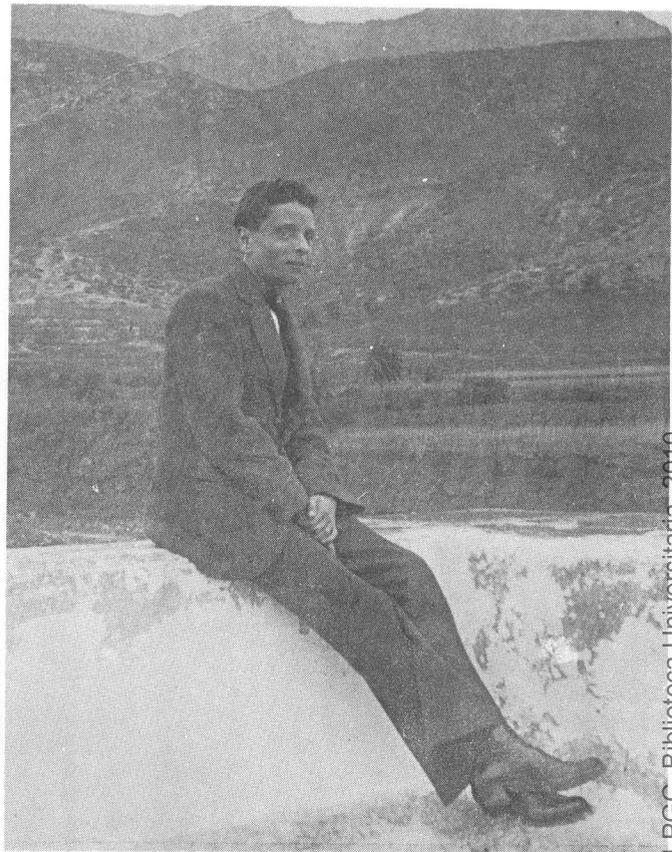
producía su malogramiento. Tal objeto debería estar relacionado necesariamente con aquello que ejerciera acerca de él una actitud represora. Su familia era culpable directa, -aunque inocente- de su situación; pero el afecto que sentía por las "seis mujeres de mi casa" vedaba el que las hiciera destinatarias de su inquina. Su objetivo, entonces, no podía estar encarnado más que por los ingleses, a cuyo servicio estaba y los cuales le retribuían a cambio de hipotecarles lo que él más ansiaba conservar para sí: su libertad.

Esta reacción subjetiva, provocada por su conflicto íntimo, se veía alentada por la existencia de otras razones más objetivas: entre ellas, la explotación material de que era objeto: "estoy harto de ingleses que sólo me han explotado" dice en una carta a Unamuno (1915). Su trabajo era muy malamente retribuido con unas "miserables pesetas" que le pagaban aquellos "rubios gorilas". Y este hecho (el sacrificio de sus deseos no resolvía, cuando menos sus necesidades pecuniarias), debió afectarle profundamente: "La angustia me ahoga. El trabajo con esta gentuza de la oficina está acabando conmigo (...) ya ves que mi situación económica es tremenda y nada puedo adelantar con esos cretinos ingleses" (carta -sin fecha, probablemente de 1919- a Rita Suárez, su novia primero, después su esposa).

Los documentos citados no dejan lugar a dudas: su crudeza pone al descubierto la tensión en que se debatía Quesada. Dada la sensibilidad de éste, parece innecesario señalar que su obra fue un reflejo (pero ojo: no sólo éso) de aquel conflicto.

En "El lino de los sueños" (1915) está ya su queja ante la vida. En el poema inicial, "Oración de todos los días", alude a "unas sumas y unas reducciones" que precisa hacer para que le consideren y le paguen. Pero es en la sección del mismo libro titulada "Los ingleses de la colonia" donde se concretan las referencias a su trabajo y al medio en que éste se desarrollaba. En el poema "El Domingo" se refiere autocompasivamente a su condición de hombre pobre, necesitado de ganarse la vida día tras día entre los "libros sin emoción, sin alma" de una oficina. "El Balance", "Un tenedor de libros" y "El sábado" anotan las leves bromas de que le hacen objeto sus amigos ingleses: "señor poeta, muchas nubes para ganar con claridad la vida". "Un concierto en la colonia" es la descripción irónica de una fiesta de Pascua inglesa; la ironía se acentúa en "Miss Ford" -inglesita que gusta de los españoles- y llega al franco sarcasmo en "Un británico", sujeto que "sabe mucho de oficina" y se "ríe de la España pinturera" y cuya mujer le ha dado "dos gitanos puros de la tierra", de obvia paternidad.

A Quesada le mortifican ya aquellos hombres que hallan en el trabajo de los números un "voluptuoso encanto". No participa del espíritu práctico del inglés; le atraen, en cambio, algunas de las situaciones sentimentales en que aquéllos pueden verse implicados en virtud de su alejamiento de la familia o del país nativo (la muchacha que muere lejos de su tierra). Incluso la ternura congénita de Quesada le hace asumir un papel algo paternal -acaso ese paternalismo que Fernández



Flores reconoce como la cualidad más legítima del humor- ante aquellos hombres mayores que él: en el fondo, se duele de su incapacidad para vivir una existencia fuera de la sujeción a los números y al dinero. Ahondando en su estima, llega a escribir un elogio directo de los ingleses en "Una inglesita ha muerto"; en este poema Quesada se refiere a la colonia británica calificándola de elegante, discreta, grave, correcta: adjetivos que resumen a su criterio cualidades positivas.

Hasta este momento, sus relaciones con los ingleses son todavía cordiales: se burla sólo del petulante. A los demás se limita a devolverles sus mismas bromas intrascendentes. Su ironía -como lo advirtiera Unamuno- no va más allá de una cándida malicia (a la observación de Unamuno contesta Quesada: "Pero yo debí clavarles en el alma un puñal candente. Sufrí mucho -¡y todavía!); el espíritu del poeta está animado aún por una frescura adolescente que, en cierta manera, corrige -o debilita- su sentido crítico.

Después de 1915 Alonso Quesada había comenzado a escribir abundantemente en prosa. El resultado de esa dedicación lo constituye su ingente trabajo periodístico, por una parte; y por otra sus dos libros de ficciones: "Smoking-Room" (1918-1920) y "Las inquietudes de Hall" (1922). Estos relatos los protagonizan exclusivamente los ingleses de la colonia, ingleses cuya personalidad es el reflejo de las observaciones de Quesada. Sus nuevos poemas aparecen exentos del "leiv motiv" inglés. Sólo en dos composiciones de "Los caminos dispersos" (1917-1924) hay alusiones específicas a ese asunto: en una de ellas, los banqueros ingleses son "rollizos, torpes, moralistas" y "presumidos horteras"; la otra referencia actúa como contrario nivelador: evoca la imagen del "Dear Rover", el querido Rover, el Capitán Inglés en cuyas cartas el poeta ha encontrado amistad.

Los poemas de Quesada reflejan (entre ironías

sin malicia, elogios contenidos y autocompasiones) la existencia de unos ingleses reales, palpables y probablemente hasta reconocibles si indagáramos minuciosamente en la biografía del poeta. Sin embargo, los ingleses que aparecen en su prosa de ficción trascienden esa realidad: convertidos en esperpentos de sí mismos asumen una condición humorística que revela sin ninguna traba tanto su condición exterior como la interna armazón de sus acciones y reacciones.

De los citados libros en prosa de Quesada es en "Smoking-Room" donde los personajes reflejan acentuadamente las características personales anotadas. "Smoking..." tiene, también, una trama más variada y compleja que "Las inquietudes del Hall". Esta última obra constituye realmente una novela de las cosas; aquí, los personajes apenas tienen independencia; su dimensión individual viene dada por su mayor o menor integración con los objetos y las situaciones peculiares del "hall".

Tanto en la prosa como en la poesía de Quesada aparece esa sugestiva dualidad de sentimientos en torno al problema inglés. Tal reacción es lógica si advertimos que la relación de Quesada con los ingleses no fue un problema unilateral; su pensamiento formuló a este respecto una dialéctica mucho más rica: la dependencia del poeta no se mostró exclusivamente pasiva (lo hubiera sido si su obra tratara de ser únicamente la expresión de una hostilidad), sino que supo transformar en activas muchas de las sugerencias recibidas. Casi podría afirmarse que si lo inglés tuvo accidentalmente una influencia negativa en la vida de Quesada, en su literatura se produjo con efectos totalmente positivos. Quesada, al someter -como declara- su libertad al trabajo burocrático, conquistó para su obra una independencia (con relación a su medio ambiente intelectual) que excedía con mucho a la desventaja del horario de oficina -al que él tenía que sujetarse.

Por lo que respecta a su obra en prosa, Quesada mismo informa que su humor -uno de los rasgos más definidores de la misma es enteramente inglés. En el diálogo que precede a los cuentos de "Smoking-Room", Mr. Wilson, uno de los británicos a los que Quesada va a leer las narraciones de su libro, advierte al autor: "Vd. es un humorista inglés"; a lo que éste contesta: "Cierto. Lo soy. Es muy fácil serlo. Además me gusta. El tono inglés es bueno y en España me gusta".

Quesada es ciertamente un humorista al modo inglés; le fue totalmente imposible ser un humorista a la española: nuestra literatura contemporánea no admite el humor. El español mismo es un ser bastante refractario al humor; o, en todo caso, confunde el humor con el chiste, con la risa gruesa. Y el humor, afirma Tackeray, no es risa, sino ironía; y la ironía, la parte más activa de la crítica. Por eso el humor es tan bueno, y más en España, por contraste. Los españoles necesitan humor -pudo pensar Quesada-; así podrán acostumbrarse a la crítica. Para cooperar a la formación de esa costumbre. Quesada mete en sus cuentos ironía, mucha ironía. "Las cosas desagradables -dice el Dr. Cross en "Las inquietudes..."- hay que decirlas de una manera sonriente".

Nota: el presente trabajo es una versión abreviada de otro que con igual título ha sido redactado como prólogo a "Las inquietudes del Hall", de próxima publicación.

LAZARO SANTANA



"CUENTOS DE MI TIERRA", de Josefina Mujica

El cuento canario es uno de los géneros literarios locales que más atractivo ofrece a nuestras gentes. El personaje de Pepe Monagas, inmortalizado por Pancho Guerra, es una simbólica figura que está en la mente de todos los grancanarios; como también su interpretación viva, tal como la presentara Pepe Castellano, que tanto contribuyó también a divertir e interesar a la gente en el humor de la tierra.

En esta línea de nuestros humoristas, la escritora Josefina Mujica nos ofrece en "Cuentos de mi tierra" una serie de relatos isleños que reflejan fielmente las características de nuestro humor, dentro del contexto de la idiosincrasia del isleño. Las locuciones lingüísticas y los usos populares añaden un valor más a este libro canario, y canarista, podríamos decir, publicado en "Homenaje a Pancho Guerra". Esto último es todo un símbolo e indica la textura ambiental de la obra, que recibió el premio de cuentos instituido por el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana en memoria del creador del personaje Pepe Monagas.

Las ilustraciones de Santiago Santana tienen el encanto de la obra de este artista que fue amigo personal de Pancho Guerra y dan el tono exacto de un costumbrismo plástico aunado con los relatos de Josefina Mujica.